

Josè Joaquín Salazar Franco

(Cheguaco)

***LOS TERRAZGOS
DE CHEGUACO***

(Cuentos - pasajes - relatos)

Tacarigua.

1981

DEDICATORIA:

A la memoria de todos los que de una u otra manera se han dedicado al cultivo del CUENTO.

Igualmente, a la memoria de todos los que con las narraciones de "pasajes" y "relatos", en las velaciones de muertos, han contribuido a distraer la atención de los concurrentes, para mantenerlos en vela, toda la noche.

A MANERA DE PRESENTACIÓN

"TERRAZGO": m. Pedazo de tierra cultivable // Renta que paga el labrador al dueño de la tierra".

-En el habla popular *margariteña*: **"TERRAJO"**:
La tierra es del pueblo.
Es al pueblo a quien debemos pagar la renta.

Esto no es una cancelación, sino simplemente un abono a la deuda.

Todos los que moramos sobre la madre tierra, estamos en la obligación de pagarle a ella un tributo, a resarcirle en algo el daño que le hacemos.

Para eso hemos venido hasta acá. No a vegetar sobre su lomo como simples comodines parasitarios, sangrándola y escarneciéndola y nutriéndonos de su vitalidad cual sanguijuelas indolentes.

Es preferible hablar poco y decir mucho

que hablar mucho y decir poco...

Los terrazgos de Cheguaco, no son sino parte de lo que debemos dar a esta tierra y a este campo de donde provenimos.

Si más no le hemos podido brindar, es porque los medios o las circunstancias no nos lo han permitido, ni el abono nos ha sido suficiente para poner a germinar más y mejor la semilla buena dentro del surco nuevo o porque las sensibilidades, que debieran satisfacernos cada día, nos aburren más y nos aterian más el espíritu.

Cuántos habrán, que también quisieran darle sus *terrazgos*, pero las calamidades se lo impiden.

Cuántos sobrarán, que debieran dárselos, pero egoístamente se los niegan.

Así son las cosas de la vida, a las cuales podremos adaptarnos, pero conformarnos... NUNCA.

EL AUTOR.

Tacarigua de Margarita, año de 1975.

EN EL ARGOT POPULAR:

CUENTO: Relación de algo imaginario o irreal que hace el narrador, poniéndole énfasis de veracidad.

PASAJE O CACHO: Hecho atribuido a la vida real, al cual el narrador adorna con el fin de camuflarlo un poco y darle tinte de comicidad.

RELATO O HISTORIA: Relación de hechos hipotéticamente de la vida real, narrados en cada uno de sus pasajes con la mayor seriedad y respeto.

LOS RELATOS DE ÑO USTAQUIO

Los sábados por la tarde, los conuqueros se reunían frente a la única bodega del pueblo, para celebrar el fin de la semana.

El Ustaquio, charlatán y fantasioso, faramallero como siempre, aunque bastante entrado en años, era el que en todo momento iniciaba la conversación:

-Pues por los güesos de mi madre que están bajo la tierra, que esto que les voy a contar sí es la purita, puritica y santa verdá.

-Mú, eso es tener bolas, jurando y con la may vivita. Vivita, -replicó el Gregorio-.

-Pero mi agüela nó, que era a quien yo llamaba mi may, y pongan cuidao, que pa'eso es que estamos aquí, no pa'esdrogar, pues en tuavía cuando me acuerdo de lo que me sucedió, se me estiempla la pajarilla y se me enyelan los tuétanos y se me engrifan los pelos, eso que como ustedes saben, a mí no se me enfría el guarapo con pendejás:

-Una vez venía yo de caje la tercia al punto de la media noche y to'ese mundo estaba lógrimo, logrísimo, es decir pues, negro, negrísimo, negrísimo, como un mismo fondo de aripo, tan negro, que no se lograba divisar na a cuatro varas por delante diuno y pa'completar hacía una calma chicha, que ni las hojas de las matas se movían, y yo venía caminando a cabeza metía sin acordarme de rezar ni de meterme el sombrero bajo el sobaco izquierdo en forma de cruz ni siquiera de apretar la navaja con la boca como Dios manda ni mucho menos encomendarme a María Santísima; cuando, después que había pasao la puerta del cementerio, más arribita, escuché un llanto de perro que parecía que salía de abajo e'la tierra, con leco larguísimo y lamentoso, que retumbaba por toas partes y tan jalao, que se me quiso escambrar el cuerpo, pero me dije, como pa'darme más ánimo: que cará, a mí no

hay cal que me tumbe el pelo, ni sarna que me incomode, ni vivo que me agüe la fiesta, ni espanto que me emocione, y seguí como venía a cabeza metía hasta que llegando ya a la iglesia por toa la puerta del perdón se me presentó al costao derecho, casi llavajiándome el tobillo un animalito que parecía y no parecía un maporite, ansina mismo como un puerquito o un perrito chiquirritico, y a medía que yo iba caminando se me iba poniendo más grande y más grande y más grande, hasta el punto que ya se me iba enfriando de verdá el guarapo, las quijás comenzaban a maraquiarme y las canillas a destemplárase y el corazón a querérseme salir por la boca y a entrarme un mieo y como ganas de echarme a correr, y el animal en poniéndose cada vez más grande, que ya no parecía animal sino gente, y haciéndose por todos los laos una luminaria que brotaba el mismo bicho, como la de una candelá tan enorme, que el reflejo me iba haciendo perder el juicio, tanto que me parecía que ya no iba caminando por el suelo sino volando por los elementos y los trancos los tiraba larguísimos y como si me salían de a cuarta, y ave maría purísima, decía yo pa'mis adentros, que cosa tan horrorosa jué ésta que se me presentó a mí, y buscaba acordarme de la manífica y na que pasaba por mi mente, y el coroto que ya no parecía ni animal ni gente sino una cosa del otro mundo y como si se me iba trepando encima, porque el peso que sentía era tan grande, que ya yo no podía ni gaspaliar, hasta que como pude o como Dios quiso, aguaité la puerta de la casa y la rempujé con tanta juerza, que del enorme rempujón se le salió la cuña que tenía por detrás y pasé pa'dentro y caí más muerto que vivo sobre la estera, tanto es así que cuando mi pay sintió el golpe y dijo: muchacho el carajo qué tráis, yo no le pude contestar, porque estaba trabao, trabaíto e'bola y con una fiebrazón, que me había brotao desde ese mismo momento, que echaba candela por todas partes, y no jué sino hasta el otro día al amanecer de Dios, que se me vino a despegar, pero en quedándome un sudor meloso y un olor a azufre en el pellejo.

-Te lo creo, dijo el Emeterio, porque cuando el fantasma se pone en uno, lo primerito que se pega es la fiebrazón, y eso te pasó a ti por porfiao, porque por más maracón que uno sea en sabiendo que por las noches salen visiones, debe prepararse y bien preparaao, pa'poder salir.

-Pues como usted dice compay y me alegro que lo conozca,

todas estas son cosas que suceden en las horas del recogimiento y si muchos no lo quieren creer, que no lo crean, pero a mí que las he visto y casi las he atentao, no hay quién me las esdrogue.

--Y eso bastó y sobró pa'que yo tuviera mucho tiempo, tiempísimo, tiempísimo, sin salir de noche a la calle, ni siquiera a miar al fondo del corral, pues prefería reventarme aguantando las ganas hasta la madrugada, cuando el chocho cantaba y las gallinas abandonaban sus dormieros y la vieja se levantaba a prender el fogón pa'preparar el mocholo con que calentarnos el estómago. Pero como dice el dicho, que hombre es diablo y que no hay quien haga dar más brío al varón que la hembra, una noche que me había echao unos traguitos y puesto a media caña, me dije pa'mis adentros: hoy peleo hasta con el demonio así se me presente en figura de animal o de lo que sea, y al peso de la media noche me preparé, con mi sombrero en cruz bajo el sobaco izquierdo, apreté la navaja en cruz también, con los dientes, me persiné una y otra vez, me tercié la reliquia del viejo, que la dejaba sobre la silleta, donde ponía la ropa cuando se iba a acostar, recé la oración que dice: Santa Inés del Monte, líbrame de todo mal y por este camino lógrimo déjame con bien pasar, y la otra aquella, que dice: Virgen de Consolación, madre del verbo divino, échame tu bendición pa'pasar este camino, y cogí rumbo a la tercia, rendí mi comisión y por los mismos pasos retruqué otra vez pa'la casa, hasta el Sol dioy, que más nunca gorví a tenerle recelos a las visiones.

-Que ocurrencia, dijo un jovencito que lo estaba escuchando. Todas esas fantasías fantasmagóricas o ilusiones ópticas nocturnales, producidas por alucinaciones mentales de personas de escasa preparación intelectual, se esfumaron, como pompas de jabón, con la llegada de la luz eléctrica, de la radio, de la televisión, de las escuelas y de los liceos, es decir, en definitiva, con el arribo del progreso y la derrota de la ignorancia.

A lo que los conuqueros se fueron levantando, sacudiéndose las traseras con el revés de las manos y replicando entre dientes: - ahora sí completamos, ya estos muchachos no respetan a los vivos ni a los muertos.

SE LO LLEVARON LOS DUENDES

La luz eléctrica, el teléfono, la radio y la televisión todavía no habían llegado al pueblo. La paz campesina reinaba en todo su apogeo y la ingenuidad brillaba en todo su esplendor. En las primeras horas de la noche, "los conuqueros" se reunían bajo los "alares" de las casas: tirados en el suelo, sobre sacos o esteras o sentados en viejos "tures", "turetes", "silletas", banquetas o taburetes. Los cuentos de fantasmas, visiones y aparecidos eran las tertulias favoritas y entre "jumaradas y jumaradas de cachimbo" iban hilvanando cada quien sus fantasías.

Perucho, el más pequeño de la familia, se acurrucaba entre el grupo de los tertulianos y se quedaba perplejo escuchando aquellas narraciones. Tenía apenas siete años y andaba en ocho, -como solía decirse-, pero ya era todo un "conuquero" de pantalón amarrado al "garrete" y camisa anudada sobre el "maruto". Siempre enteco y encanijado, y aunque mucho comía, nunca echaba barriga y por lo tanto en broma le decían que era como "puerco cenceño".

Travieso como el que más, por lo que al decir de todos los "conuqueros"; era peor que tabaco verde en cachimbo y más malo que el mismo diablo, amigo de san daca pero de san toma, nunca; y su madre para defenderlo, justificaba: que ancina se lo había puesto la guategierro con el ribarbo y la miel de la tierra que le había dao cuando chiquirritico pa'matarle la gipatez que había tenlo.

Todos los días, sin "mancar" uno, salía tras del "pay" como "perro guatenero", con su mapire terciado, su china horqueta larga, su bolsillao de piedras, su guaral iguanero y su "rabisa" de machete, rumbo a la sierra de la parte allá, donde tenían el conuco.

Cuando el viejo, por alguna circunstancia, no podía ir, lo mandaban y salía "solito en grima" a llevarle que comer a las gallinas y

a darse una vueltecita por allá.

En una de estas veces pensó en escruñiar lo enmarañado del espeso bosque lejano para cerciorarse qué había de verdad en todo lo que decían los viejos, con tan mala suerte, que se encenó tanto que no pudo orientarse para el pronto regreso.

Llegada la tarde sin "recalar", empezó a cundir el pánico y la alarma en todas direcciones y a una voz, en el pueblo entero aseguraban que se lo habían llevado los duendes del "pitache".

Entre llantos, cuchicheos y "dímeros" y directes, salió la caravana hacia los lados de la sierra, encabezados por la madrina y el padrino, que, portando reliquias, escapularios, amuletos y rosarios, por todo el camino iban "espergeando" agua bendita y "clamando" en forma salmodiosa o de letanía populachera: duendecito, duendecito, bonito, devuélvenos el muchachito... duendón, duendón, devuélvenos el muchachón... mientras que todos los acompañantes a un coro respondían: devuélvelo por amor de Dios ... devuélvelo por amor de Dios ... devuélvelo por amor de Dios ... Amén.

A medida que iba acentuándose la noche, los "mechurrios" de pabilos, los "jachos" de hoja de coco, las viejas suelas de alpargatas "prendidas" como antorchas y las lámparas de fabricación casera daban una impresión infernal al camino y a los caminantes, hasta que al fin entrados en el espesor de la montaña con el mismo pregón, lograron escuchar muy lejos, en lo más encenado del bosque, la voz profunda y tartamudeante que respondía: aquí toooy yo ... aquí toooy yo ... aquí tooooy yooooooooó...

Lo que fue motivo para que a todos les volviera el alma al cuerpo...

Los macheteros con un desaforamiento febril, empezaron a abrir picas rumbo a la voz...

Y sin saber cómo ni cuándo, con una desesperación que rayaba en locura, todos querían llegar de primero y caerle encima al mismo tiempo ...

Y reliquias, rosarios, escapularios y amuletos le llovieron sobre el cuerpo y mil cruces de trazos diferentes se dibujaron sobre su enteca

anatomía. Llantos y plegarias a una vez se entremezclaban y sin más comentarios, su madrina y su padrino lo agarraron por los brazos y cual alma que lleva el diablo echaron a correr por la "trilla" hasta llegar a la sinuosa vereda por donde siguieron precipitadamente rumbo al pueblo donde lo estaban esperando los que no habían podido subir.

Todo era consternación y algarabía, y al requerimiento de los más intrusos, el protagonista contaba orondo y satisfecho:

-Jueron tres muchachitos, dos hembritas y uno machito como yo, esnuitos en pelota, y cabellones y sombrerones, con las manos largas y las piernas corticas, que me llamaban y me capiaban y me convidaban y me tiraban pichas y me daban dulces y meriendas y flores muy bonitas y me llevaban más pa'dentro, más pa'dentro, pa'dentrísimo, pa'dentrísimo, padrentíisimo del monte, hasta que a mí me iba dando mucho, muchísimo mieo y me acordé de lo que contaban acá, y escarbé el mapire y sin que ellos se dieran cuenta saqué un plazo de arepa, les dije que me dolía la barriga, me aflojé los pantalones y me añingoté y me pasaba la arepa por debajo y hacía ver que la ensuciaba y comía, hasta que ellos me quedaron mirando, esgarraron, escupieron, me sacaban la lengua, me respingaron la boca, me arremearon, me pelaron los dientes, se echaron a correr y me dejaron solo, solito en grima, hasta que me encontró la gente.

A todo esto, la madre, el padre y los demás concurrentes entre llantos y risas decían:

-Y tuavía a muchos incrédulos, los matan, les machucan la cabeza, los güelven picaillos y dicen y aseguran que no hay duendes ...

LA AGARRÒ EL CHIVATO

Era esbelta y pizpireta. Frisaba entre los 15 y 17 años. Color canela tropicana y cuerpo de guitarra española. Andar de palomita sabanera, fragancia de jazmín recién abierto y modales que reflejaban la cultura del pueblo y de la ciudad.

A diario cruzaba las calles del vecindario de Norte a Sur y de Este a Oeste, en un constante andar y desandar, entre la mirada atónita y picaresca de los mozalbetes emperifollados de galantería y de los viejos rejuvenecidos a fuerza de sahumerios y de patentados, que en más de una ocasión, rompían la armonía de sus modales, como tentados por un dardo invisible, para zumbarle, sin pena ni gloria, un piropo volado.

Ella, aunque a todos fingía atenderles, a ninguno en verdad paraba bolas, salvo al hijo del mandamás del barrio, con quien coqueteaba a diestra y siniestra sin importarle un bledo los dimes y diretes de la gente, ensimismada en su descomunal mundo de fantasías.

Los comentarios rondaban por doquiera. Las de una clase, cuchicheaban a más y mejor y se reían, hacían muecas y más muecas con las manos y sacaban displantes con los ojos y con la boca, hasta caer en el cansancio. Las otras, más disimulantes, aunque menos recatadas, a menudo aprovechaban cualquier ocasión, cualquier acto social o cualquier simple festividad de salón, para descargar sus baterías, preñadas de cólera o hinchadas de envidia, contra la intrusa y acomodaticia, que trataba de invadir sus predios sin ninguna razón ni sentido.

Los despechados, al verse desasistidos de sus favores o despreciados en sus requerimientos, a cada momento le recriminaban y entre chanzas y veras, dejando escapar una sonrisa irónica, le decían:

-Cuidadito muchacha, cuidadito con "el chivato".

-Mira que quien juega con candela, tarde o temprano se quema.
-No lo dejes todo para "el chivato".

-Piensa que el que coge y escoge mal descoge.

-Acuérdate que del cielo a la tierra no hay nada oculto y que en este mundo hasta los montes escuchan y las paredes tienen oídos.

-Cuidado pues como al fin y al cabo te va a agarrar "el chivato".

Las más pequeñas e ingenuas, preguntaban a las mayores o a las vejentonas, qué era eso de "el chivato", y éstas, disimuladamente les urdían una sarta de pasajes, de consejas y comentarios, acerca del animal, que habitaba en el cielo, amaestrado expresamente para bobear y "despotrincar" a las niñas viejas, que se iban de este mundo para el otro, sin cumplir con el mandato que Dios les había encomendado para su estada en la tierra. Otras se referían simple y llanamente a los hombres de buena posición económica e influencias en todos los estratos sociales, que directa o indirectamente, prevalidos de su opulencia, sobornaban o compraban la virginidad de las mujeres, para saciar en ellas sus apetitos sexuales y después dejarlas abandonadas sin compasión, a la vera del camino de la prostitución o a merced de las propuestas de cualquier simple postor mediocre. En uno y otro caso, las niñas comediógrafas, escenificaban un descomunal asombro, se ponían las manos en la cabeza, se llenaban de estupor, sacaban la lengua, despabilaban los ojos y simulaban horror y asco por todo aquello.

Al fin y al cabo, Tomasa, como así se llamaba la discutida solterona, se fue envejeciendo, perdiendo su agilidad y esfumando su lozanía y mermando cada vez más el valor de su mercancía.

En los corrillos, algunas murmuronas, aseguraban que de tanto escoger y no saber escoger, se había chamuscado y quedado para vestir santos. En otros sitios comentaban cosas peores y aseveraban que en más de una ocasión, la había dejado parada, con sus ojos lagrimeantes y su alma destrozada, el rico del pueblo...

Luego sobrevino la muerte y la enterraron sin pompa ni

rimbombancia ...

Más de una persona ha llegado a decir y hasta jurado por los huesos de su madre, que la han vislumbrado al peso de la media noche, rondando por el caserío, como pagando una penitencia, -vestida de novia, tal como la metieron en la urna-, de puerta en puerta o de ventana en ventana de las viviendas, con su voz de ultratumba, aconsejando a las muchachas casaderas:

-Ay mijas, mijitas, muchachitas, cuidadito, cuidadito como las agarra "el chivato". .. o se dejan agarrar por "los chivatos" ...

JUAN FORASTERO

Una gruesa tapia de piedras secas, cuidadosamente montadas unas sobre otras, sin encalar, no muy alta y con un portalón rústico en todo el centro, hacían ligeramente la apariencia de frontis; lo restante, que no era mucho en su extensión perimetral, cercado con alambres de púas sostenido por gruesos y retorcidos estacones de madera, lo suficiente como para impedir únicamente que fuera profanado por los animales realengos. Ese era el sitio destinado para Camposanto de la localidad, y el cual se encontraba ubicado hacia la parte Sur-Occidental, en atención a una arraigada costumbre de aquellos lejanos tiempos.

En pleno centro del terreno cercado, abiertos sus brazos hacia el horizonte, simbolizando cristiandad, se alzaba una gigantesca cruz de madera sin labrar, y completaban la pobreza y humildad de aquel sitio: tres rústicos túmulos, esparcidos entre una gran cantidad de pequeños promontorios de tierra, sin las más elementales muestras de coordinación ni acondicionamientos especiales, identificados los más, con medianas cruces negras, que por lo regular presentaban dos o tres letras mal dibujadas en su centro o simplemente con piedras enmohecidas, sin ninguna inscripción, clavadas verticalmente en uno de los extremos del terraplén, semi-oculto entre arbustos, hierbajos y lirios silvestres.

Cerca de uno de los ángulos del fondo, un conjunto de hombres sudorosos y parlachines, que quizás sobrepasaban la docena, ufanábanse en llevar a cabo, por turnos regulares, la noble pero ingrata tarea, de cavar en la negra tierra, la fosa que le tocaría recoger en su seno el cadáver de un pueblerino, accidentalmente muerto al desprenderse de un árbol, donde recolectaba frutos para el sustento de sus pequeños hijos. Todos a un tiempo lamentaban la tragedia y de una u otra manera, dentro de su forma rústica de

expresión, aunque aquella no fuese su intención, hacían, sin fastidiarse, la apología del fallecido.

Y sin mucho averiguar, oíanse expresiones como éstas:

-Siempre fue un buen compañero...noble, honrado y trabajador..

-Murió sin hacerle males a nadie... sin siquiera dejar una querella ...

-Fue siempre muy servicial, consecuente y buen vecino ...

-¡Pero ese sería su destino! -repetían todos acordemente.

Y continuaban decididos su primordial misión, agotadora ya a causa de los fuertes rayos del sol, que caían perpendiculares sobre las espaldas encorvadas de los trabajadores y cuerpos acuclillados de los que aguardaban turno.

(La pequeña "peca" con ron blanco, pasaba de persona en persona, guiada por la mano hábil de un viejo brindador, quien actuaba diligentemente como en un intento por dopar los ánimos de los menos fuertes) .

De pronto, y en lo más rudo de la faena, una voz ronca retumbó el espacio, anunciando un suceso inesperado (el pico con que trabajaba uno de los cavadores, se había hundido hasta el "ojo" por entre la ranura de dos piedras, y luchaba fuertemente por desprenderlo).

-¡La tumba no está virgen! ¡No ... ! -gritaron algunos-.

Con cuidado se las fueron ingeniando para ir poniendo al descubierto las piedras tropezadas misteriosamente con las herramientas, a mitad de la fosa, e irlas izando pacientemente hacia la superficie...

Ya la habladuría se había transformado en un continuo y prolongado murmullo. Todos mostrábanse sorprendidos. Veían el hecho como un caso singular y raro. Varios opinaban acerca del hallazgo ...

-¡Una calavera humana! (que en otra ocasión y en otro sitio, para los jocosos, hubiera dado la impresión de estar sonriente todavía). ¡Otros huesos humanos y otros y otros!, que pacientemente y con el mayor de los respetos iban colocando a un lado fuera de la fosa que

se abría. Unos pedazos de madera carcomida y deshecha; otra cosa no identificable, más y más vestigios. Todo daba a entender, que se trataba de un enterramiento de hacía ya muchísimos años.

Después: el obligado y formal comentario. Las pesquisas. Las preguntas y repreguntas a los más ancianos del vecindario, a donde se había corrido la noticia prontamente como reguero de pólvora; las informaciones con todos los que se reconocían como buenos memorizadores o de mayor retentiva ... Y seguían las confidencias ... Las investigaciones generales ...

Luego, la cabal y firme identificación: unos pedazos de madera, varios clavos viejos carcomidos y otros objetos, que al comienzo se creyeron insignificantes, daban la pista segura:

Todo aquello formaba parte del cajón que albergó al difunto... Fue el mismo, que por colecta popular, le regalaron los vecinos del lugar, para que su cuerpo no chocara directamente con la tierra que lo ocultaría para siempre, (como sucedía con la mayoría de esa época). Las seis lajas habían sido traídas, desde una distante quebrada, en hombros de labriegos también, para que la tierra no mancillara muy temprano los despojos de aquel hombre, que había sido tan útil... Los cacharos, formaron su único patrimonio material y por eso fueron recogidos también junto con él ...

Y de nuevo el obligado comentario:

-Ese fue un hombre muy bueno ... por demás ... Muchos lo tenían por profeta...

-Se dice, que todo aquello que llegó a pronosticar, se ha venido cumpliendo cabalmente ...

-Era muy inteligente. . . Sirvió al pueblo como médico, escribano y defensor. Porque tenía amplios conocimientos sobre muchas cosas...

-Nunca se supo de donde vino. Solamente, que llegó todavía joven, en una guerrilla, y hastiado, se desertó y se quedó aquí.

-Jamás pudieron arrancarle cuál había sido el lugar de su nacimiento, lo que mantuvo como un secreto, hasta llevárselo con su muerte .. .

-De él, sólo pudo saberse, que se llamaba JUAN, porque así lo manifestó después de prolongada indecisión y continuos subterfugios, y de allí, que cariñosamente, lo llamaron desde entonces JUAN FORASTERO apelativo que en todo momento aceptó sin muestras de descontento.

-Fue amigo de hacer el bien sin acatar a quien. Fue de corazón noble y desprendido. Su vida fue una escuela de equidad. Vivió célibe y murió un día, cuando mucho se necesitaba, totalmente envejecido y pobre pecuniariamente, como había llegado ... pero rico de cariños y consideraciones.. .

-Por su preparación, porte y modales, jamás se dudó, que hubiese sido oriundo de una gran ciudad y descendiente de distinguidas familias.

(Al comienzo, muchas hipótesis se tejieron acerca de su procedencia. . . ¿Quién sabe...? Todo quedó en una incógnita...).

Y así todos siguieron comentando:

-Lo que son las cosas del mundo; de este mundo incomprendible en que estamos viviendo ... En lo que viene uno a convertirse ...

Sabio o bruto ... cuerdo o loco ... rico o pobre ... Todos por un igual.

-Ese hombre nunca se supo dónde nació. Pero sí, que vivió, laboró y murió en este humilde pueblo, como un pueblerino más. Y aquí está lo único material que de él queda, que pronto se extinguirá también por completo. Pero sus recuerdos hoy redivivos, perdurarán por sobre la acción destructora del tiempo.

-Así son las cosas y muchos todavía no quieren creerlo. Ahí está la única fortuna que consiguió y que para tantos ignorantes, pudiera ser envidiable...

En la misma fosa fueron colocando los despojos...

Y después de tantos años de soledad, volvió a hacer compañía con un pueblerino más ...

MANO JUAN

Solitario y con aspecto fantasmal, cubriendo su bronceo cuerpo con una vestimenta anticuada, sucia y "guadraposa", tal como cuando acababa o ponía cese parcial a una agotadora faena conuquera, con su sombrero de cogollo totalmente raído y enmohecido por el uso y la vejez, calado hasta más de lo reglamentario, desluciendo en el apergaminado y cetrino rostro una rala y desteñida barba de mucho tiempo sin rasurar y apoyando su endeble humanidad en un fuerte y largo garrote donde dejaba descansar pacientemente las cuencas de sus encallecidas y descarnadas manos puestas en cruz sobre el extremo superior, para luego rematar como soporte corporal bajo su puntiaguda barbilla, desde una esquina de la diminuta capilla del poblacho, y como si en su pensamiento estuviesen girando en esos momentos miles y miles de recuerdos que le hacían anestesiar su extenuado cerebro y paralizar bruscamente sus desorbitados ojos otrora negros, vivaces y escudriñadores y ahora amortecidos y algo opacos, se quedó mirando atónito y perplejo los cerros que contorneaban a distancia el pedazo de terreno semillano que pisaba con sus deformados y juanetosos pies descalzos. Los cerros enmontados de breñales; los mismos que escaló un día lejano en paupérrima situación económica, pero con toda la fuerza de su juventud inquieta enfundada en su esperanza campesina y otro día -de desdicha por cierto- después de una vida completa de afanosas faenas, se vio obligado a descender para más no volver, también muy pobre y transformado en el simple bagazo de la ancianidad que es hoy... en una triste escoria humana...

Y le oí cuando dijo en voz muy queda, casi sin mover sus desdentadas encías, como tratando de no ofenderse a sí mismo:

-Agora sí se acabó to'esto; ya naide trabaja; ya naide quiere sembrá; ya naide hace caso del azaón y del machete; to'el mundo tendrá que morirse hambre porque la gente moza lo que le gusta es lo faci ...

la patiquinería y más ná.

Y luego de una breve pausa, que dispuso para expulsar a un lado un escupitajo fuerte y sonante, continuó:

-To'es monte... y monte del que no se come; ya toitico se ha güerto rastrojales... y tan requetegüenos que eran tos esos cerros cuando había quien los trabajara... nunca, nunquita faltaba qué comé.. .

Y se notaba como si de sus entrañas le brotaba un sentimiento de amor filial por los conucos abandonados, por las plantaciones extinguidas, por las laderas condenadas a sufrir una impuesta esterilidad; como si se estaba consumiendo junto con él parte de su vida misma, lo único que le sirvió de orgullo en su azarosa existencia: los cultivos, los árboles, las sementeras, y al trasluz de su pensamiento, como en un delirio febril, recordaba los cañaverales y trapiches, platanares, maizales, piñales y yucales de antaño ... y empezaron a desprenderse lentamente al son de sus entrecortadas palabras, dos lágrimas nacidas de sus profundos ojos enrojecidos, lágrimas que cual diminutos hilillos cristalinos brotados de un exiguo manantial, escondido entre las quebradas de sus cerros amados, -que vienen a paliar el hambre vegetal de un reducido y agónico follaje, fueron descendiendo por sus tostadas mejillas hasta desembocar en las comisuras de sus labios como dispuestas a mitigar la misma sed de sentimientos que las habían provocado.

Yo le tendí una mirada compasiva y en franca campechanería, a manera de halago, le dije:

-A Mano Juan ... Mano Juan ... el mismo Mano Juan de siempre; escrutador de lejanías; oteador en el horizonte de las señales lluviosas; conocedor a la distancia del buen tiempo. Como sí no envejeciera casi nada... ¡Ah madera para más fuerte la de Mano Juan; ni comején ni carcoma que la logre derribar; ni polillita siquiera que la dañe, ni mucho menos cigarrón que la perfore; a usted como si no se lo va a poder llevar la muerte, le está resultando alma demasiado dura. Siempre mirando los cerros, con ganas de trabajarlos; siempre sintiendo como un muchacho de los tiempos de antes! ...

Y noté que se encerró en un mutismo obstinante, como un reproche a mis lisonjerías, no dejando escapar ni una sola sílaba por respuesta ... Pero en verdad, yo comprendía, que ya no era el mismo Mano Juan;

que hacía tiempo había dejado de serlo; que se había esfumado su jovialidad y buen humor; que de él sólo quedaba el espectro de todo lo que fue un honrado trabajador del campo, -de un verdadero campesino-; la triste huella de una injusticia sin juzgar debidamente; la chatarra de un exceso de trabajo incontrolado... Un despreciable residuo humano. . .

Metí los dedos en el bolsillo pequeño del pantalón, sacando una "peseta" para dársela, pero al alargar mi brazo hacia él, se ruborizó mi cuerpo mozo y algo raro revivió intempestivamente en mi fuero interno y reflejó en mi mente, cual luminaria de un relámpago abierto bruscamente en medio de la tormenta, un vivo recuerdo del pasado: Mano Juan en sus tiempos de hombre de brega, odiaba a los que pedían limosna o aceptaban dádivas, porque lo consideraba, no sólo como una bajeza o vergüenza, sino como un repugnante deshonor y una afrenta...

-Los hombres no se hicieron para vivir a costillas de los demás-, decía a cada momento, y cuando me quedó mirando de soslayo inquisidor, deslumbrando un dejo de ironía, que me daba la impresión que le venía saliendo de lo más recóndito de su alma atormentada, comprendí al instante, que por algo me odiaba y me despreciaba y me dejaba con la mano estirada y mi "peseta" turbia en la punta de mis trémulos dedos, y en son de reproche, para que mejor lo comprendiera, me daba la espalda sin pronunciar una palabra, pero dibujando una mueca despectiva e irónica en su curtida faz; y se iba con sus pasos entrecortados y vacilantes, como desgranando en contra mía todo el rosario de una oración maléfica, y de cuando en cuando practicando estaciones minúsculas, veía por sobre sus estropeados hombros hacia donde me había dejado parado, simulando a un ridículo y despreciable judas y tras leves e inentendibles balbuceos, bruscamente viraba su envejecido rostro hacia la dirección que había escogido, para continuar su deambular de angustias. Y en cada uno de esos descarados desaires y torpísimos gestos que escenificaba, me daba la impresión, que iba urdiendo mentalmente una ironización de repudio a lo que él consideraba insultante y bochornoso, para su bien sentada condición de honradez proletaria y en su mímica habitual y a veces chanzona, iba diciéndose a sí mismo como en una confesión íntima:

-Que va; yo soy zorro viejo pa'dejarme agarrar en trampa de

palomita ... yo no caigo con casná e'plata ma'que me la den bendita ... ni me'agua el ojo el ropaje que llevan los disfrazaos ... porque bien conozco al ñeco man'que lo mire sentao... Prefiero morirme de necesidá y no cogele limosna a los patiquines y faramalleros; a los piazos e'zánganos y fantasiosos, que por flojera han dejao que se vaya acabando to'esto. . . que se termine pa'siempre la'gricultura... acaso a mí me han conocío ninguno por limosnero nunca ...

Porque Mano Juan, con su orgullo de honrado trabajador de la tierra, que había sido, sabía diferenciar el pago de la dádiva y aprendido a distinguir la recompensa de la limosna humillante. . .

Y en verdad, comprendo que Mano Juan puede estar confundido en lo que a tecnificación respecta, porque no ha habido quién lo haga comprender de lleno los rendimientos, ventajas y beneficios de la ciencia... Pero que como campesino ingenuo le asiste una razón profunda: la razón de seguir metido en "su error" y el de no confiar en nada ni en nadie ... la razón de dudar... la razón de odiar... la razón de despreciar y de reprochar. .. la razón de no creer en los "patiquines" y "faramalleros" y "fantasiosos" como él suele titularlos. Porque cada vez que él se ve retratado en el pozo cristalino de sus recuerdos y refleja su cuerpo en el espejo de sus necesidades, ruborízase de remordimientos hasta caer en el delirio y poner a viajar su pensamiento como un fantasma por todas las latitudes, yendo a toparse en todas las encrucijadas de sus rutas con tantos *Mano Juan*, que como él existen sobre la tierra, sin que se les haya recompensado el trabajo de toda una vida de vicisitudes. Sin que se les haya indemnizado debidamente todo el tiempo de su afanoso y franco trabajar, produciendo no sólo para su sostenimiento, sino para el de tantos y tantos, que sorbían cómodamente el producto de sus sacrificios; de tantos Mano Juan, con quienes la sociedad tiene deudas contraídas y ni siquiera se detienen un momento para recordarlas y amortizárselas; de tantos Mano Juan, a quienes es injusto que en su triste ancianidad, se les tire una migaja de pan convertida en mísera y difamante moneda limosnera; de tantos Mano Juan, que siguen su deambular cotidiano cobrando lo que justa y humanamente se les debe por deudas sin solventar... el valor de todo el plus trabajo dejado en el campo... y de tantos Mano Juan, a quienes se les ofrece para jamás cumplirles... de tantos Mano Juan de quienes sólo se acuerdan en algunas ocasiones de urgencia que nada tienen relación con sus penalidades ...

CANUTO

Nació pobre. .. tan pobre, tan arruinado, que no pudo, ni siquiera ver clara, la primera luz del día de su nacimiento, porque en el estrecho cuarto del rancho no había ni una vela, ni un "mechurrio de aceite", ni un "pabilo de cera", ni una llama de candela que lo iluminara, y por lo tanto, aquel hecho fantasmal era, al decir del vulgo, igual a la noche que parió Tomasa. ¡Tomasa! Una de las tantas "Tomasas", que siguen vegetando por los pueblos...

La mujer preñada y en trance de alumbramiento, pendía agarrada las manos de una cabuya atada a la pared, y cada pujido y cada quejido que pegaba era como el bramido de una vaca indispueta.

Hasta que al fin dio un lamento largo, larguísimo, abrió las piernas, se aflojó la pelota y se oyó un golpe contra el "Santo Suelo" ... Aquel fue el primer maltrato que el recién nacido recibió en el mundo y su primer contacto con la tierra; y la primera grosería que escuchó, cuando la partera, -que más parecía una bruja que comadrona-, dijo: ¡carajo, no joda, se mató esta vaina! ...

Para más tarde, y tras un resuello fuerte, ripostar: ¡No carajo! está vivo, está vivito ... y es un machito ...

Desde entonces empezó su calvario... siguió condenado a rondar por el mundo como alma que lleva el diablo ... Después, a "deambular su palomar de angustias". A hacerse la vida como Dios se la deparaba.

La madre, al más leve enquisquillamiento decía, que ella sabía de quién lo había parido. Pero la criatura seguía ignorando quién era su progenitor, y por eso, cuando veía a otros cruzar los brazos para pedirle la bendición al padre, él le increpaba en forma burlesca y

desafiante: ¡Vay, ya te llenaste la barriga, muérgano!

Crecía dando tumbos y volteretas en la vida, como muchos de sus compinches de juegos y al decir del vulgo: andaba como volador sin rabo.

En sus primeros años, la quebrada del frente y la charca del patio eran su piscina ideal y unas migajas de arepa remojada con agua de café simple, toda su alimentación. Más tarde, cuando pudo correr a toda prisa, desde el amanecer hasta bastante entrada la noche, lo pasaba por todas las calles, caminos y veredas: descalzo, sin sombrero y con unos guñapos por vestimentas, sucias y deshilachadas, que más parecían sudaderos de burro que ropas de cristiano. Un oxidado aro metálico, que había logrado desprender de un viejo barril, de los utilizados para transportar cemento, era su compañero inseparable, su juguete predilecto, que con un pedazo de palo labrado y acanalado en un extremo y al cual llamaba "bate", iba magistralmente guiando a la carrera hacia todas partes y hacia todos los rumbos y con él irrumpía hasta en las reuniones más selectas o en los saraos más formales. Lo frenaba en seco, simulando, con sonidos guturales, el ronronear de las máquinas y el chirrido de los cauchos de los autos de último modelo. Luego lo abrazaba o se lo colgaba al hombro en ademán resuelto, y como conejo azorado, se quedaba mirando atónito y perplejo, a los presentes ...

Ya muchos le conocían de "rabo a cabo" y se había ido haciendo tan peculiar, que hasta lo habían confirmado como "la cabeza de Ña Gualupe"... "la personificación del diablo", y "el hijo de la luna". . .

La escuela no lo vio nunca en sus aulas, aunque sí por sus alrededores. Y se le llenaban los ojos de estupor y el alma de remordimiento, cuando veía a los demás, bien vestidos, con sus indumentarias bajo el brazo, rumbo al plantel de la enseñanza, hasta el extremo de encolerizarse, reñirse con ellos y vociferarles desaforadamente, en un ademán de envidia desenfrenada o de despechismo histérico: -Hay van los mariquitos ... los mariquitos ... pendejos, cabrones, muérganos... hasta que algún resuelto, sin medir tamaño o corpulencia, lo remataba a golpes y terminaba envuelto en moco y llanto, recogiendo su aro, limpiándose con el revés de la mano, y si le daba tiempo, haciendo un "fuego de piedras", hasta poner a raya a sus adversarios y abrirse paso hacia otro rumbo.

En todas partes estaba presente y en todo y con todo se metía y lo jorungaba, y era característico su silbido suave y su carraspear constante, propios de muchacho velador. No le valían regaños, consejos ni reproches ni menos le importaba un comino las reprimendas ni los empujones que le daban ...

Un día se acercó al camión de unos forasteros, que pasaron por el pueblo y se detuvieron en el botiquín a tomarse un refrigerio. Escudriñó todo hasta el máximo, con gran insistencia; les pidió algo; ellos le hablaron, se rieron con él; antes de marcharse le sonaron un tremendo cocotazo y se despidieron ...

Al arrancar el pesado vehículo, se trepó por la parte trasera, aro al hombro y bate en mano; como un endemoniado escaló el barandal y se acomodó gozoso y sonriente entre el montón de cajetas y papeles que transportaba; y frente al asombro de todos los presentes, que no se atrevieron ni a gritar, se veía como se iba empequeñeciendo su figura cada vez más, en la larga carretera, hasta perderse totalmente de vista. Rondaron los comentarios, los cuchicheos iban y venían, los dimes y diretes estuvieron a la orden del día. Hubo las averiguaciones y más tarde se supo, que una institución benéfica, se había encargado del caso ...

Mucho tiempo después, un automóvil último modelo y con placa particular, se detenía frente a la puerta de la Alcaldía Municipal. Un hombre apuesto, entrado en años, de modales cultos, traje formal y cabellos encanecidos, descendía de él, y con un ademán de destacada cortesía y jovialidad, entraba al Salón de Secretaría y pedía le pusiesen a su alcance los Libros de Registro Civil, que frisasen entre los cuarenta y cincuenta años atrás. Empezó a deshojarlos pacientemente, frente a la mirada del Secretario y del Alcalde, que se había acercado inquisidor; hasta que deteniéndose en un folio, lo marcó con un pedazo de papel y puso el libro a un lado para continuar la búsqueda en los otros, hasta que deteniéndose nuevamente y señalando con el dedo, dijo: Expídaseme copia certificada de esta partida, que es la de defunción de mi madre, y de ésta, que es la de mi nacimiento... En la primera, se leía al margen: JUANA, adulta.. y en la otra: CANUTO. h. n. de Juana Guariquén...

Horas después, prendía de nuevo su aparato y se iba a estacionar frente al viejo botiquín. Ya la voz había corrido como reguero de

pólvora; como eco en la hondonada; como chisme de comadres; como maldición de sacerdote; como la mala intención...

La gente se aglomeró abismada. Algunos hacían comentarios ... otros preguntaban... Una vieja, con la saya arremangada a un lado, escrutaba de soslayo, como gallina que mira sal. . . Otras, una y mil veces hacían la señal de la cruz. Los más jóvenes no le daban importancia al hecho. Pero al fin y al cabo eran muchos los que murmuraban, movían la cabeza, despabilaban los ojos, fruncían el entrecejo y asentían: parece mentira, lo que son las cosas del mundo, quién podría creer eso; pero el dicho es dicho: que macho siempre es macho ...

Mientras que él, que discretamente había estado observando la escena, al volver del interior del negocio y tratar de abordar su vehículo, ante la mirada inquisidora de los presentes, dejó escapar esta sentencia:

-Aquí hace falta algo... algo importante ... algo grande y noble. Algo que sea la conjunción de lo oficial y lo particular. Algo que nazca de las propias entrañas del pueblo, se consubstancialice con él y lo aupen las autoridades. Algo que sustituya para siempre el "maná" de la bendita providencia. Algo que tienda a salvar todo este material humano, que se está perdiendo miserablemente. Algo que no sea demagogia, que no sea engaño, que no sea hipocresía, que no sea mentira, que no sea vanidad... y de cuando en cuando, mostraba con el índice a la cantidad de muchachitos sucios y andrajosos que muy cerca de él rondaban y rondaban desorientados. .

Luego, con una sonrisa y un adiós camaraderil, abordó su vehículo y se despidió por la misma ruta por donde había llegado ... Mientras que acá quedaban huelgando también los comentarios ...

DE AYER A HOY

-A ... pa ... ga... boooooó

-A ... paa... gaa... boooooooooó...

-A ... paaa... gaaa. . . boooooooooó...

La voz resonaba una y otra vez como un hilillo de elástica musicalidad, por todo el ámbito perimetral.

-A ... pa ... ga... boooooó... a ... paa... gaa... boooooó... a... paaa... gana... boooooooooó...

Como un remedo, el eco se iba a su vez expandiendo por todas partes, ayudado por la acústica natural de los acantilados y farallones.

Una pequeña silueta subía a distancia por la escarpada cuesta y corno punto de ébano se iba perdiendo algunas veces, para aparecer de nuevo y volverse a perder, entre canjilones, recodos, mogotes, barbechos y vericuetos...

El estrecho camino de recuas, que por primitivo y descuidado cada día iba desmejorándose más y más, serpenteaba por entre pitahayas, caracueyes, guamaches y breñales, en su misión de escalar los ráspagos y repechos de las pequeñas prominencias y alturas pronunciadas de las configuraciones del terreno, para voltear la cuesta y continuar su descenso desenfrenado y zigzagueante hasta el fin de la llanada, poblada de conucos verdes, alternados por espacios ocres y laderas mates ...

La voz cantarina y persistente salía de los labios de una

mesticita impúber todavía, que a gestos de mujer campesina trataba inútilmente de beberse la distancia.. .

Juana Chiquita:

Su camisón de zaraza ordinaria, que por lo regular, debía caer más abajo de las pantorrillas en los poblados, dejábale prácticamente al descubierto más de la mitad de los muslitos núbiles, por ir arremangando con una ancha y tosca faja de "cachipo de plátano", que fuertemente aprisionábale los dobleces a la altura de la cimbreante cinturita y contribuía a marcar el vaivén de las tiernas caderas en un ritmo característico. Los pies descalzos y ordinarios, como si medían a zancos las senda del Dios de los labriegos...

Un viejo y deshilachado vestido, del que hábilmente había hecho pasar el ruedo por la frente y tirado los dos extremos hacia atrás, amarrándolos ligeramente a la altura del cogote, cubríale desde la cabellera hasta el final de su espalda, donde reposaba un mapire criollo que por una cuerda bajaba tenso desde la cabeza... Sobre ésta, una cazuela de barro cocido tapada con un plato del mismo material. Dentro, el rústico sancocho... Debajo, una "rodilla" de hojas de cambur secas, amortiguaba el peso o la incomodidad del frágil cargamento, que pese a todo, equilibraba con una maestría de adulta. En la mano izquierda, sostenía fuertemente las cotizas que en algún sitio tendría obligatoriamente que utilizar; con la otra marcaba el compás al caminar.. .

-A ... pa ... ga... boooooó...

-A ... paaa... gaaa... hooooooó...

De cuando en cuando, y tras fuerte y prolongado "resollar", aminoraba el paso para dejar escapar su letanía, que insistentemente continuaría hasta acercarse al fin de su jornada.

Gabino Serrano, (de allí venía el apócope), el abuelo, a quien Juana Chiquita -la huérfana de su hija Juana-, tenía religiosamente que llevarle el almuerzo al conuco distante al concluir el primer turno de la escuela oficial donde estaba inscrita, era un envejecido prematuro, como casi todos los de su región, rústico, zamarro, embrutecido más de lo aparente y aferrado a sus credos como la planta al suelo ...

como el caracol a su concha ... como el ciego a su garrote ... embebido únicamente en sus faenas cotidianas, que llevaba a cabo de oscuro a oscuro y sin día de asueto natural determinado...

La niña, entre su ingenuidad, cada vez con mayor insistencia miraba con mezcla de interés o recelo o desconfianza las labranzas del viejo, y, como en un despertar paulatino de inteligencia aletargada, daba la impresión a cada momento, de querer revelar algo que permanecía encerrado en la bóveda de su entendimiento, a punto de estallar; y en ese dialogar callado con su inocencia, mentalmente hacía comparaciones entre las actividades de su abuelo y las clases teóricas que recibía de su maestra, joven vivaracha y culta, que había venido de la ciudad.

Y de cuando en vez, solía hacerle algunas tímidas inquisiciones al abuelo:

-Pa'gabó, la maestra dice: que en los terrenos no deben efectuarse una sola clase de cultivos por mucho tiempo, porque se empobrece la capa vegetativa y merman las producciones. Que deben hacerse rotándolos alternadamente...

A lo que prorrumpía el viejo como herido en su amor propio. -Que va ... rilla es esa ... muchacha er'diablo ...

-¿No jue'a aprendé a lo que te pusieron en la escuela?- ¡vay pues!

La criatura trataba de explicarle inútilmente: pero no había medio que lo hiciera entrar en razón, ni razón que lo hiciera comprender.

-Jum: agora sí que vamos a ta'bonitos. Una patiquina enseñando a trabajá al que se le pusieron los pelos blancos en esto... Jum: semilla sembrá en papel no nace, ni pare mata pintá... Eso sí se lo apuesto yo a la maestra esa. . . Este trabajito se jiso pa'los varones ... y palas jembras... -Jum ... lo que Dios mandó ...

Pero pa'gabó -insistía la niña-, bajando hasta lo mínimo la voz: -Si también lo dicen, el Director y el Supervisor, que son varones.

Jum: Que lo sigan diciendo la maestra y los otros que tu mientas, y sigan sembrando en los papeles pa'que coman... Jum!

-Mira hija del diablo, majó es que te vayas de aquí y no me enciendas la lengua. Después que los viejos se mueran, ustedes van a comé. . . papeles. Eso sí es la puritica y santa verdá...

Transcurrió el tiempo, los terrenos se fueron empobreciendo. La producción mermando cada vez más y los jóvenes abandonando los conucos...

La predicción de los ancianos era: hambre ... hambre ... mucha hambre ... muchísima hambre ... Y hasta hablaban de las profecías ...

-"La tierra negará el pan a sus hijos" -argüían-. E insistentemente mencionaban a cada momento y en todas partes a un tal "Ño Meneses", hombre de muchos años atrás, que todo lo que decía estaba saliendo ciertico ... ciertico ... ciertico:

-A hombre pa'adiviná que fue ese Ño Meneses: Comentaban.

Pero un día, de mañana clara y refulgente como la transformación misma, amanecieron en el pueblo unas máquinas enormes: y unos forasteros. . .

Empezaron por ir desplazando el viejo camino de recuas, por unas vías más anchas y mejores, que tramontaron las cuestas bajas y treparon las serranías y voltearon hacia la llanada que cruzaron en todas direcciones. . .

Los carros grandes y pequeños entraban y salían como seres endemoniados ...

Otro día, se apareció Juana Chiquita ... pero no ya la misma tímida y tontuela a quien una tarde lejana y después de la conclusión de unos exámenes, se habían llevado de la escuela del pueblo para otra más distante, a pesar de los enojos del viejo que no dejó de pronosticar cosas fatales.

Llegó con otros individuos; hembras y varones; con unas máquinas medianas, con unos papeles grandísimos, llenos de dibujos raros, que

extendían en el suelo, y los observaban detenidamente. Discutían... se reían... gesticulaban, pero luego cordializaban.

Convocaron a la gente del pueblo, les hablaron; les hicieron explicaciones ...

Pocos; muy pocos comprendían ... los más se aferraban a sus credos..

Juana Chiquita, hacía esfuerzos por servir de intermediaria entre su gente de antes y su gente de ahora...

¡ ! ¿ ?

Hubo contrariedades. Discusiones ... palabreos.

Pero al fin los recién llegados daban comienzo a la faena: prendían los motores de sus aparatos, emprendían la marcha, removían la tierra más y más, en todas direcciones, por todas partes; como seres endemoniados daban vueltas y más vueltas una y otra y otra y muchas veces hasta perder la cuenta. Iban y venían de arriba abajo, de abajo arriba, de Norte a Sur, de allá para acá y viceversa. Y todo aquello en forma muy distinta a la usada hasta la fecha...

Después sembraron... sembraron bastante...

Cultivaron.. .

Rociaban los plantíos y la tierra con un líquido raro ... que iban desprendiéndose desde unos aparatos también raros ...

Recogían las abundantes cosechas sin muchos esfuerzos...

Las gentes se les acercaban... los veían... se aglomeraban... comentaban.

Y el viejo Gabino Serrano, ya bastante entrado en años, miraba todo aquello como la revolución del averno ... Asombrado. Boquiabierto... extasiado...

Pero en su interior como si le martillaba una cosa extraña, que le

iba diciendo:

La ciencia es la ciencia. . .

Y él repetía, primero entre dientes y luego en voz más fuerte:

-Jum, la ciencia es la ciencia.

Y los demás pueblerinos en sus monólogos asentían:

-Lo que son las cosas del mundo ... quién catava a creerlo ... Miren
pues:

-Lo que va de ayer a hoy...

LA OTRA CARA DE LA MONEDA

-A compae gollooooooó...

La voz ronca y ordinaria retumbó como un trueno por toda hondonada.

-Párese'hombre, no sea flojo y mangüeriaor -no mira que ya ta'ar mediodía- que deje cuando que Dios amaneció y usté entuavía durmiendo como si fuera un escomedío -que esperanza e'pueblo como y que pué esto echá pa'lante ...

Desde el interior de la casa salía el ruido característico que hace el desprender violento de las trancas que acuñan por dentro y el chirriar reseco de los muñones de las viejas puertas, mezclado a una voz gangosa y atiplada que bromeando respondía:

-A cará, si es el compae toño taco -dichosos los ojos que lo ven -¿y qué jase poray a estas horas- o es que se quiere echá a la vía'güena como los muchachos de puaquí, déjese deso'hom, que ya usté está viejo pa'la gracia.

-Antonio Santamaría Ustaquio, por si acaso -mi nombre completico como me lo puso mi may cuando me parió -pa'que coma avispa porque cigarrón atora -tuitico anarfabeto pero honrao como Dios manda y la Santa Iglesia ordena -y sin muchas conversaeras porque con eso lo que consigue uno es ponerse como gallo enmoquillao -prepárese y écheme un campanazo grande del más güeno que tenga -pero que sea un palo de'hombre como pa'seguí el camino.

El bodeguero, de cabello entrecano alborotado, mientras limpiaba con los dedos y un soplido la "potoca", para vaciar el "campanazo", hilvanaba mentalmente un nuevo interrogatorio:

-Dígame la verdá compae toño -pa'onde va usté a esta hora hoy día de trabajo.

-Jum.

(Sin desmontarse del burro e inclinándose la "potoca" de ron que le servían y vaciándola de una tragantada).

-Que pa'onde voy -jum- na más y na menos que pa'la justicia a arreglá un asuntico que de chiquito que digamos en verdá no tiene ná y que no se lo digo agorita mismo porque a lo mejó. se pue hasta aguá la vaina, porque aquí de tanta mala intención y tanta adulancia que hay hasta las paredes le han salío oídos-. Eso lo sabe usté también si necesidá de que se lo diga naide, porque como dice el dicho -más sabe el diablo por viejo que por diablo-.

Y clavándole con fuerza las "puyas" taloneras al burrito chato que montaba, se despidió con su jacarandosa jovialidad.

-Güeno compae golloooooó, ruéguele a los santos por mí -já já já.. .

Mientras que el "Gollo... cherchero y guasón como siempre, para tomarle el pelo le respondía a voz en cuello:

-Güeno compae toñoooooó- y pare la oreja pa'que escuche y se pueda acordá otro día, yo soy José Gregorio Romero de punta a punta y no de los sabaneros sino de los olorosos y medecinales que no es lo mismo, já já já -por lo que veo este pájaro como si amaneció escarriao o jué que lo echaron del dormiero, já já já...

(El pueblo era pequeño, de casas diseminadas, muy pocas de buena construcción, con grandes vegas rebosantes de verdor y pastizales ubérrimos. Aquí y allí, conucos plantados, con frutales diferentes. Por las laderas y quebradas de los cerros, se habían ido trepando las labranzas de los pobres. Desde la distancia, mirábanse los sembradíos de cañas y yucas; los ocumales, platanales, piñales y cicales. Para los que no estaban familiarizados con el ambiente, aquello parecía un verdadero Paraíso Terrenal. En los corrales de las habitaciones humildes vivían en promiscuidad, gentes y animales: chivos, muchachos, cochinos, mujeres, gallinas, viejos, pavos, etc. etc. Para

los conuqueros el trabajo era agotador: desde el canto del gallo en la madrugada hasta el silbido del grillo ya entrada la oscuridad de la noche. Hombres, mujeres y niños conjuntamente tomaban parte en las faenas: viejas que rallaban los cocos y yucas de sol a sol, hombres que rendían jornadas de sol a sol, niños desnudos y descalzos que cuidaban cabras y ovejas de sol a sol, jovencitas que cargaban frutas y leña y agua, de sol a sol. Caminos de recuas y trochas estrechísimas, con vericuetos y recodos, tendidas por todas partes. Indiscriminadas divisiones del terreno. Cercas, murallas y empalizadas; puntos de piedras, mojones y estacones que acorralaban al viviente y hacían tornar a los humanos de pacíficos en rebeldes. Costumbres hechas leyes, códigos sin ancestro y mandonería por ley... la del embudo: para unos lo ancho y para otros lo angosto ... la ley del talión: diente por diente y ojo por ojo ... la de mandinga: el que más saliva tiene más harina traga... Historias sin llevarlas a la letra de molde y cuentos de fantasmas y aparecidos, por historias ... Así era el pueblo).

El viejo burro enrumbó hacia una antigua callejuela de casas destartaladas y empedrado deshecho por la acción del tiempo y de la ruindad, con su pesada carga humana a cuesta y taloneado insistentemente. Por doquiera se escuchaban los singulares saludos "campurusos":

-A comae juanaaaaaá -a petronilaaaaá -a chicoteeeeeé...
-Avenida purísima -si es el compae toño taco.

-Toño taco puaquí a esta hora -qué le pasará. -Pa'onde demonio irá ¡quién sabe!

Pero el hombre huraño, hermético por demás, no revelaba el secreto que llevaba por dentro, ni a sus más confidentes amigos.

Así continuó hasta la calzada de la jefatura Civil. Bajó tranquilamente del animal, lo amarró al tubo de la esquina, donde mismo izaban la bandera, y sin mediar más palabras con el policía que se encontraba en la puerta del edificio, le inquirió serenamente:

-Onde está el jefe Civir

-Adentro -quiere hablar con él- pase.

Sin más cumplimentaciones entró por el estrecho zaguán y al llegar frente

al Despacho, detúvose bruscamente:

-Güenos días Coronel.

-Buenos días Toño Taco -qué se te ofrece.

-Antonio Santamaría Ustaquio por si acaso -vengo a ponerle unas querellas.

-Diga hombre -diga, diga lo que siente. Decíale el Coronel muy diplomáticamente.

-Mire Coronel -sabe usted que el Diosgracio tapó con una empalizada de alambre'e puyas el camino de mi conuco diciendo que eso y que es der y obligándome a dar un pendiente y largo rodeo de padre y señor mío.

-Tengo entendido amigo Antonio (asintió el jefe) que según las documentaciones que posee, es verdad que eso es de él.

-Como que va a ser'der -si yo tengo más de 60 años pasando por ese camino y por hay mismo pasó mi pai que se murió a los más de 90 y pasó también mi agüelo y tuiticas sus generaciones anteriores y él cuando compró eso jué agora antier y quién le pue ver vendió ese camino a menos que no haiga sío er mismo diablo en figura de persona.

-No hom ya eso no es sino una sinvergüenza, ó pa'mejó decí, un birriñaque -porque a quién se le va a ocurrir vendé un camino que es público.

-Pero también le digo amigo Antonio (continuó el Coronel), que ya estos asuntos no son de mi competencia sino de la de los Jueces. Busque usted quien lo defienda, gástese unos realitos y que se dirijan a los tribunales de la capital, aunque a lo mejor ya tampoco conseguirá nada porque lo hecho hecho está.

-Vean pues -De modo que aquí no encuentro audiencia -este sí es un tronco e'vaina -y tuitico el mundo diciendo que ya las cosas habían cambiao.

-Entonces señor Coronel -dispense, pero como yo no tengo plata ni conozco a nadie de los que usted mienta, yo voy a ser jefe Civir,

juez y defensor de mi mismo.

Y cambiando sus facciones de apacibles en coléricas, y el color de su rostro apergaminado, de cetrino en pálido y viceversa, contrajo los músculos de su cuerpo, tragó en seco, apretó fuertemente los labios con las desdentadas encías, dio cuatro zancadas, ganó rápidamente la calle, desató el burro, de un salto montó, sacó el machete que había dejado enmarcado en la "cruzeta" del sillón, le aplicó fuertemente las "puyas" taloneras al animal, le remató con media docena de planazos en el anca y picó una veloz carrera por donde mismo había venido...

Allá arriba, en lo alto del cerro, sobre los repechos del conuco, tras la empalizada de alambre de púas, la Juana, mujer del viejo y honrado conuquero Antonio Eustaquio Santamaría, seguía esperando, en compañía de sus hijos y de sus nietos, sin el más leve presentimiento de lo que estaba sucediendo en el pueblo.

EL SACRILEGIO

(Nada tiene que ver con hechos ni personajes de la vida real)

La noche estaba oscura. Tan oscura, que la claridad de algunas bombillas eléctricas, que quedaban, apenas lograban romper el manto tétrico, formando pequeños discos anaranjados alrededor de los postes donde colgaban. ¡Tan oscura como para amparar centenares de crímenes; para propiciar cantidades de injusticias; para que la impunidad se riera a carcajadas infernales de sus perseguidores; para que la barbaridad vagara libremente, cual manada de realengos perros! La moral y la decencia no podían tener cabida plena en el funesto convite de aquella noche fatídica ...

El pueblo, cansado, desde temprano se había entregado al disfrute del sueño reparador. Y aquella lobreguez contribuía a que muchas casas semejaran enormes bóvedas sepulcrales, que en su interior albergaban cadáveres sin descomponer, protegidos por entes misteriosos; mientras que otras, también a oscuras, dieran signos de vida, dejando escapar al exterior, como simples balidos humanos, los desacompasados ronquidos de uno que otro mortal de incómodo dormir o el lánguido y estridente lloriqueo de un niño insomne, que contribuían a rasgar furtivamente el traje negro del tedioso silencio.

Sólo ponía la nota de desentono, a todo aquello, el distante y destemplado rasgueo de un cuatro mal tocado, y el murmullo entrecortado de unos pocos trasnochadores pasados de copas.

Mientras tanto, Pánfilo, nativo como la mayoría de los vecinos, individuo alejado de placeres y diversiones excéntricas, elemento revestido de una rareza peculiar, chocante con el ambiente donde se había; formado y desenvuelto durante toda su vida, cada día más enigmático e incomprensible, y quien últimamente y sólo con el deseo de darse figuración, se había declarado en rebeldía a sí mismo, a las añejas

tradiciones y a las costumbres arraigadas, desde el hueco de su rancho, que había tomado como albergue, para hacerse aparecer como humilde y desinteresado de verdad, escuchaba todo lo que a su derredor sucedía, y en su mente delirante y páfida, iba elucubrando miles pensamientos de insania, como se remansan en un recodo cualquiera, las cosas más variadas que vienen arrastrando las primeras cabezadas de las quebradas urbanas, cuando son aumentadas merced a los fuertes aguaceros desencadenados sobre los cauces, por mucho tiempo repletos de trastes diferentes y despreciables.

En medio del pueblo, que era pequeño en su perímetro y en su población, se encontraba enclavada la única capilla del culto católico, la que desde tiempos inmemoriales, había venido siendo construida con dádivas y limosnas de la feligresía y de igual manera, equipada con todos sus ornamentos, incluyendo a la antigua y veneranda imagen de un San Mauricio, acerca del cual se tejían los miles comentarios, verídicos o fantasiosos, de sus milagrerías, productos de la misma fe ciega, que en él habían venido depositando, de generación en generación, los pueblerinos, que eran en su mayoría fieles creyentes. Y por eso querían todas aquellas reliquias con el más sublime de sus afectos, por considerarlas como parte misma de sus propias entrañas.

Pero Pánfilo, en quien no se distinguía externamente, si era en verdad creyente o que hipócritamente fingía serlo; desde hacía algún tiempo, llevaba dentro su alma un germen de remordimiento, que cada día se le iba agigantando más y más, hasta irle corroyendo toda su existencia y casi desbordándosele de sus linderos cerebrales, al contemplar cómo en los últimos años, se había ensañado una enorme ola de despreocupación y descuido sobre la capilla y sus pertenencias, hasta el extremo de no haber quien velase por su seguridad y conservación. Cosa que lo mantenía indispuerto, ya que sentíase también condueño de la obra material, por haber contribuido en distintas ocasiones, aunque a regañadientes, y por el solo temor de que Nicolasa, la que había sido su novia de muchacho, lo hubiese escandalizado públicamente y tildado de hereje y endemoniado, con su óbolo, para muchas de las cosas que allí se habían adquirido. Cada día le ardía más, cual fogata interna, el deseo de protestar abiertamente, contra el descuido y la inseguridad del templo, para que se pusiese coto a tantas irregularidades, que la casi totalidad del pueblo desconocía, pero el solo pensamiento de ser

ridiculizado, le ahogaba su propósito. No le interesaba, que fuese tildado por los herejes como sotanero o beato, ni por éstos, como corrompido y profano.

En sus cavilaciones había venido trazando y madurando, ingeniosamente, la manera de llevar a cabo su plan, sin verse atacado por unos ni por otros, ni convertido en la manzana de la discordia, y sólo esperaba el momento apropiado, para ponerlo en práctica.

Así fue, como esa noche, al oír el rasgueo del cuatro, consideró llegada la hora señalada, y amparado por todas las condiciones favorables, que la noche le brindaba, sigilosamente y sin ser avistado por alma terrenal, cual el felino que da caza a la presa apetecida para saciar sus ansias de bestialidad, se dirigió a la capilla, por el sendero más adecuado al caso, y como ya de antemano conocía todos los pormenores de aquel Santo Recinto, que había estudiado detalle a detalle con anticipación, no le costó trabajo ni violencia ni alarma, dar un pequeño empujoncito a la puerta concebida, y hacerla ceder sin dificultad ni ruido, y luego como un verdadero autómatas, sin tropiezos ni contratiempos, llegar hasta el nicho que guardaba la "Santa Imagen del Benefactor del Pueblo", la cual fue desplazada lentamente hasta lograr acunarla entre su pecho de pérfido cristiano, y con el más caro empeño, tratando siempre de que no sufriese daño ni más irrespetuosidad, cargarlo cuidadosamente y colocarlo en plena acera, poniendo el mejor esmero y diligencia en la nefasta odisea, pidiéndole mentalmente perdón, por lo que estaba aconteciendo, que sólo catalogaba como la necesidad de darle cumplimiento irrevocable y perfecto a la primera parte de su enrevesado plan.

Juan María, Pedro Pablo, Miguel y Tacho, cuando ya por la madrugada sorbían el último trago de aguardiente y se proponían dar un campanazo con la botella vacía, para dirigirse a sus cabañas, acabado el noctámbulo peregrinar, toparon con la "Sagrada Estatua", erguida, erecta, en plena acera, donde la había abandonado el profanador. Envueltos en su total asombro, como quien mira un inesperado fantasma de la noche, vueltos a la realidad, tras un rato de indecisión; normalizados sus ánimos y casi disipada, como por arte de magia, la rasca que portaban, optaron por conducirla cortés y religiosamente hasta su lugar de origen, sin que ninguno más se diese cuenta de tan horrendo crimen, ya que en sus corazones les aleteó de súbito, la fe del creyente, y el temor a la condena eterna les ardió repentinamente

en sus conciencias; pero uno de ellos, en un exceso de nerviosismo histérico de religiosidad, no tuvo fuerzas suficientes con que ocultar aquel sacrilegio, y de un estridente grito, alarmó al vecindario, que despertó sobresaltado, enterándose repentinamente de la tragedia, que fue corriendo de inmediato, cual reguero de pólvora inflamada por todos los contornos y en medio de la consternación y desasosiego provocado, aupando voces solicitantes de la condena, para los implicados, sin que mediasen aclaratorias. Y al amanecer, las viejas, en estado de recogimiento, se santiguaban una y otra vez, se humedecían los ojos de grandes y chicos y de los corazones y gargantas más empedernidas, brotaban frases de censurable reproche por tal abominación, que se presentía, podría descargar sobre el pueblo inocente, la ira del Señor, sintiéndose mofado en uno de sus más dignos representantes terrenos, como lo era "San Mauricio". Lloraban los labriegos, porque las cosechas les mermarían para siempre, y caerían sobre sus campos, las plagas y las pestes, en castigo del "altísimo", y el Cura, viejo, desgarbado y de sotana raída, aprovechando la confusión reinante, en tal sentido predicaba con atiplada voz y pedía justicia celestial para la injusticia terrenal. Y se organizaban romerías, procesiones y desfiles, en desagravio por el irrespeto a la reliquia sagrada, y se invocaban las leyes y se reclamaban las sanciones merecidas. Y muchos, en sus excesos de credulidad, aunando lágrimas y contritas oraciones, llegaban hasta notar en la imagen blasfemada, rasgos de tristeza y pesadumbre. En la mañana siguiente, un pelotón de representantes de las autoridades, encargadas de investigar, esclarecer y sancionar el reprochable hecho, cargaban con los parranderos, a pesar de sus públicas confesiones de inocencia y sus firmes declaraciones de sólo haber pensado en practicar el bien tal y como Dios lo ordenaba, por temor al castigo divino. No valió lloros, ni réplicas, ni clamores, ni excusas. La oscuridad del calabozo se los tragó en una nueva y larga noche, mientras el proceso seguía su ordinario curso.

Durante ese tiempo, cuchicheos, comentarios, murmullos, conjeturas, por doquiera fueron el tema del día. Novenarios, sermones y letanías, por todas partes se escuchaban. Vergüenzas y temores por otras se miraban.

Al fin de varios días, vinieron recalando los detenidos, cabizbajos, tristes, acongojados; defendidos y considerados inocentes por algunos; acusados y odiados por otros.

La veneranda imagen fue colocada definitivamente en su nicho. Refaccionado y acondicionado debidamente el templo. Nunca se dieron explicaciones. Pero por todas partes se siguió comentando el horrendo sacrilegio ...

EN PARTIR IGUAL NO HAY TRAMPA

La carretera, que antes parecía demasiado ancha, ahora resultaba completamente angosta para el constante tránsito a motor...

...sis ... sas ... sis ... sas ... sis ... sas ... sis ... sas ... Era lo que se escuchaba cuando pasaban los vehículos en su endemoniado correr, como alma que lleva el diablo, para arriba y para abajo ...

--Ave María purísima, -dijo una vieja de saya arremangada y ojos desorbitados-, no se pué atravesó de un lao pa'otro, como antes, cuando pasaba un carro de un San Juan a un Corpus. Esto tá como si todo tiempo juera fiesta de la Virgen o Semana Santa. ¡Santo Dios de las alturas!

En la puerta de la vivienda de Juan Benito, viejo mestizo, conuquero toda su vida e isleño a carta cabal, un hombre apuesto, de aspecto forastero y ademanes extraños, dialogaba duramente con él, pero sólo se podía escuchar parte de la conversación, cuando uno y otro decían:

"Yo lo único que sé es que de esta vaina ya no va quedando ná. Que tuitico, tuitico, se lo tan cogiendo los forasteros. Que de ná varió lo que y que tanto se fuñeron los de la independencia pa'que esta jeringa perteneciera a los de aquí ...

Mire señor, lo que pasa es que usted no entiende lo que es el progreso. Que su escasa preparación no le permite mirar las cosas desde el ángulo que debe ser. Que su analfabetismo, le imposibilita vislumbrar lo que será el futuro de esta tierra de gracia. Que usted no está al tanto de saber lo que es industria, lo que es mecanización lo que es tecnicismo, lo que significa transformación. En síntesis y sin tener que hablar mucho, lo que es el adelanto, lo que vale la ciencia.

Hum! yo lo único que sí sé, es que de esta vaina ya no va quedando ná, que tutitiquitico se lo están cogiendo los de juera. Que

los de adentro no les quea ya sino el güeso pelao. Que los tiempos güenos pasaron como van pasando las churupitas y las lóchas, que ya ni las jasen porque no se encuentra que comprá con ellas.

Mire señor, lo que pasa es, que su limitada preparación no le permite diferenciar la transformación que se está operando; de apreciar la majestuosidad de las grandes urbes que se están levantando; de contemplar la red vial que se extiende por todas direcciones; de medir o de calcular el gran porvenir que contendrá cada metro cuadrado del terreno que estamos pisando en estos momentos; de la apoteósis que tiene escrita el mañana de este despertar sin parangón.

Hum! yo lo único que sí sé es que de esta vaina ya no va quedando ná, que tuitico, tuitiquitico se lo están cogiendo los forasteros y que junto a rico, pobre es como perro con sasna, o es como burro] con tabardillo o como gato con gusanera, y que al lao de lo limpio cualquiera brositita ensucia.

Mire señor, lo que pasa es ...

Hum! lo que pasa es lo que pasa y lo que toy mirando y agüai-tando yo con estos ojos, que tarde o temprano se los habrán de comer la tierra y pa'que tanta esdrogaera ni esdrogaera, ni que tanta conversaera ni conversaera, que la mucha conversaera, como decía mi agüelo, debilita. Lo que sí es verdá, es que a la hora menos pensá le llegara a uno los que no se imaginaba ni estaba esperando, y con mucha zalamería le dicen, que si quiere vendé el conuco y el piajito e tierra y sin que uno le pida ni le dé tiempo a pensá, lo engatusan a uno, o mejor dicho, lo apendejan pues, y le dicen: yo le doy tanto y siguen aquí como si esto siguiera siendo suyo, y a uno le parece que es mucha plata, y que es muy güen negocio y se le llenan primero los ojos que los bolsillos, y como si cargaran una magia, uno que nunca pensaba en vendé lo suyo, le dice, pues tá bien, y ya tienen documento jecho y carro en la puerta y en menos que canta un gallo o espabila el ojo un cura loco, ya uno firmó y lo han firmao y ta to vendió con el montón de plata a un lao, sin saber qué va a jacer con ella y entonces coje y le da su parte a la mujé, pa'que no diga ná y' de la misma manera a los hijos pa'que tampoco digan ná, y si tiene nietos les pone también su bozal de plata, pa'que menos digan ná, y cuando viene a abrir los ojos al mundo, quedó sin conuco, sin trita y sin plata. Y manque uno zapatee, maldiga, haga juramentos, se

arrepienta mil y millones de veces, güelven por la casa si les interesa, y güelve a sucedé lo mismo. Y así con migo y con el otro y con el otro y con el otro y así sucesivamente, hasta que tó queó Comprao y tó queó vendió y adiós luz que te apagates. Porque los pobres aquí no hay quién los defienda, ni quién los valga, ni quién se duela de ellos, es decir, de nosotros, porque yo también me pongo en la lista. To es pura hablaera de pendejá y de meteera de embusterías y más na...

Mire señor, no se moleste, que le voy a explicar mejor.. .

Hum! mejó que lo que estoy mirando y pensando y explicando yo, que vá. . . Güeno pues, cuando tuitico, tuitico, tutitiquitico esto te vendió, que ya no sea sino de la gente de juera y que ellos necesiten sus tierras y sus conucos y sus casas pa'fabricá, lo que usted mismo dice, y nos digan, tienen que desocupá inmediatamente, pa'onde vamos a cogé nosotros. Jum! será pa los cerros de Costa Firme o pa caje el gran demonio, a menos que no haigan algunos que quieran convertirse nuevamente en esclavos pa'aguantale vaina a los forasteros o que haigan otros que quieran echarse boca arriba a morirse de hambre en las orillas de los caminos.

Mire señor, déjeme explicarle ...

Hum! si dejo que jable me envaino y San Silvestre que te lo cuente o el diablo que le amaestre. Lo mejor es que uno no debe vender sus piajitos de tierras ni sus conucos ni sus casas. Si las necesitan, güeno vamos a trabajó juntos y de güena fe, vamos a componelas ustedes y nosotros y lo que produzca, parte pa mí y parte pa ustedes y nos ayudan a salvá nuestros muchachos y nuestras muchachas y así podremos vivir uníos y en sana paz en esta tierra de Dios, porque como dice el dicho: en partir igual no hay trampa ni hay trampa en partiendo igual. No cree usted que es lo mejó. Bueno asina sí vendría yo y san se acabó...

FIN